

EL NAUFRAGIO VOLUNTARIO

Txema Martínez Inglés lanza cuchillos que apenas silban, pero hieren certeros. Lejos de lo urbano, de lo artificial, sin compañía, recoge una munición dañina entre el musgo de los bosques, el olor de la madera enmohecida, los embarcaderos, el silencio de los crustáceos, el rostro que se refleja en la mirada de un gato, o el alga que al ritmo de una corriente se enreda ingenua en el tobillo de una mujer. La naturaleza avisa de nuestra levedad y Txema ha cultivado un jardín sombrío en el que cada habitante exhibe su dosis de muerte, de tiempo podrido que turba la conciencia porque de sobra sabemos que no nos pertenece.

Como un viejo druida se interna entre los senderos de la bruma de los días, en las casas despobladas que nos habitan, bajo el mar profundo que nos reclama. Un cangrejo abrasado por el sol puede ser buena compañía: “en la rutina del dolor/ (...) sus ojos negros nos contemplan/ (...) en un gesto disecado de horror/ que forma parte de todos nosotros”. Igual que los ojos del gato que, como un animal de otro mundo, se impregna de pasado para arrojarlo como ácido sobre la piel de quien los contemple, como si fueran “...el corte de una guadaña negra/ segando los campos, a ras de vida.”

El mundo que nos rodea, es también el universo que nos coloniza; el aire que humillamos con las pisadas se convertirá en estratos que sepultarán nuestros días para que otros los alteren con sus huellas: “como si en un instante nos hiciera el futuro/ una breve caricia sobre el pelo,/ o algún beso en la frente, o en el párpado,/ cuando tú y yo seamos tierra/ o tan sólo noviembre.”

Como una mística sin dios concreto, la poética de Txema Martínez Inglés parte de un no reconocerse; la voz lírica llega al punto de negar su ser aparente: “Yo no puedo ser éste. No, no puedo./ No son estos mis días./ Ni este rostro, ni esta voz enfermiza...” Pero tras esta expresión asombrada, surge la afirmación que remontará la ilusión que va a permitir encontrar posteriores caminos: “Vivo enterrado en sueños y esperanzas”. El autor llega a la aceptación callada del fluir del tiempo, del óxido que corroe los rincones de cada casa. Es por esto por lo que, aunque el poeta se considere una marioneta que manipulan las horas, se siente feliz de que hayan caído las bambalinas que construyó para protegerse de lo que veía; por eso: “Es hora de partir, de defender/ la sombra a contraluz, su movimiento,/ todo esto que soy, que me alimenta,/ (...) Brillan estrellas muertas.”

Toda contemplación, todo viaje no es sino una búsqueda en el fondo, de los caminos internos que articulan cómo somos y, al fin, el refugio último de toda tormenta se erige en nosotros mismos: “Descendemos/ a los espejos del alma,/ e intuyo que en mí puede haber,/ todavía, quizás,/ algún puerto cordial para los tiempos/ más duros del invierno.”

En esto consistía todo el truco, en buscar dentro de sí, en localizar dónde afloraban los disparos que el mundo externo lanzaba hacia las trincheras del corazón; la vida es fluir y, por tanto, todo consiste en flotar, en dejarse llevar como un naufrago con los ojos llenos de tiempo; la felicidad se reduce a ser consciente de que, al final, espera impasible una playa en la que embarrancar tranquilo como una “...ballena que se deja acariciar/ por un niño con manos temblorosas.”

José Luis González Vera